

El drama de la natalidad



Hace semanas salían los datos de la natalidad en España, la peor en los últimos ocho años –y gracias a la inmigración que mejora las cifras, dicho sea de paso–. Y pasarán elecciones, una tras otra, y el problema de la natalidad no será abordado. Esa es la mirada a largo plazo de nuestros políticos, y es la mirada a largo plazo de parte de nuestra sociedad, al menos en España.

No se trata de atacar a las personas que no tienen hijos –donde yo me incluyo–, más bien de cuestionar un modo de vivir que deja pueblos vacíos, colegios cerrados y parques con más perros que niños. ¡No podremos decir que nos pilla desprevenidos! ¡Estos sí son problemas de verdad!

Sin embargo, aquí puede haber una trampa, como siempre: culpar sólo a los políticos por las dificultades laborales, la falta de políticas eficaces, la conciliación, el precio de la vivienda... Todo es cierto y todo es legítimo, no lo podemos negar. No es fácil traer hijos al mundo y, por supuesto, criarlos. Sería cínico obviarlos.

Pero quizás, deberíamos darnos cuenta de que el problema es más profundo y aún más grave de lo que parece, por eso precisamente no se habla como sociedad, en lo colectivo y en lo personal. La cultura del ocio –y del negocio– ha creado un ambiente de egoísmo donde da pereza crear vida, donde no vende renunciar, sacrificarse y comprometerse en proyectos, donde buscamos condiciones idílicas –y bastante irreales– y donde se prefiere vivir bien y pasarlo mejor que traer niños a este mundo. En contraposición se alarga la adolescencia y se disparan las mascotas, los viajes y los festivales –entre una amplia gama de ofertas tan cómodas como placenteras–. Con un egoísmo camuflado, por «disfrutar de la vida» nos podemos olvidar de vivir en serio. Así de simple y así de triste.

Es cierto que comparar es arriesgado, pero para la generación de nuestros padres –por no hablar de nuestros abuelos, y sin olvidarnos de lo que ocurre en otras culturas– las dificultades eran mucho mayores, y no por ello se renunciaba a crear vida y a soñar una gran familia. La pregunta es: ¿qué pasa en el corazón de tantas personas para renunciar a crear vida? ¿Cada vez hay menos corazones generosos en este lado del mundo? ¿En qué momento hemos confundido disfrutar de la vida con hacernos más egoístas? ¿Qué hemos hecho? ¿O, peor aún, qué diablos hemos dejado de hacer?

Álvaro Lobo, sj

e-mail: miscat.rs@arcor.de * www.miscatremwupp.de

Tel.: 02191/668490

Comunidad Católica de Lengua Española

Remscheid-Wuppertal-Wermelskirchen-Langenberg

Hoja 202 – 03.09.2023

Evangelio según la Comunidad de San Mateo



En aquel tiempo, empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: "¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte." Jesús se volvió y dijo a Pedro: "Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios." Entonces dijo a sus discípulos: "El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga.

Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí la encontrará. ¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá entre sus ángeles, con la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno según su conducta."

Mateo 16,21-27

Reflexión al Evangelio



Es difícil no sentir desconcierto y malestar al escuchar una vez más las palabras de Jesús: «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga». Entendemos muy bien la reacción de Pedro, que, al oír a Jesús hablar de rechazo y sufrimiento, «se lo lleva aparte y se pone a increparlo». Dice el teólogo mártir Dietrich Bonhoeffer que esta reacción de Pedro

«prueba que, desde el principio, la Iglesia se ha escandalizado del Cristo sufriente. **No quiere que su Señor le imponga la ley del sufrimiento**».

Este escándalo puede hacerse hoy insoportable para los que vivimos en lo que Leszek Kolakowsky llama «**la cultura de analgésicos**», esa sociedad obsesionada por eliminar el sufrimiento y malestar por medio de toda clase de drogas, narcóticos y evasiones.

Si queremos clarificar cuál ha de ser la actitud cristiana, hemos de **comprender bien en qué consiste la cruz para el cristiano**, pues puede suceder que nosotros la pongamos donde Jesús nunca la puso.

Nosotros llamamos fácilmente «**cruz**» a todo aquello que nos hace sufrir, incluso a ese sufrimiento que aparece en nuestra vida generado por nuestro propio pecado o nuestra manera equivocada de vivir. Pero no hemos de confundir la cruz con cualquier desgracia, contrariedad o malestar que se produce en la vida.

La cruz es otra cosa. Jesús llama a sus discípulos a que le sigan fielmente y se pongan al servicio de un mundo más humano: el reino de Dios. Esto es lo primero. **La cruz no es sino el sufrimiento que nos llegará como consecuencia de ese seguimiento**; el destino doloroso que habremos de compartir con Cristo si seguimos realmente sus pasos. Por eso no hemos de confundir el «llevar la cruz» con posturas masoquistas, una falsa mortificación o lo que P. Evdokimov llama «ascetismo barato» e individualista.

Por otra parte, hemos de entender correctamente el «negarse a sí mismo» que pide Jesús para cargar con la cruz y seguirle. «**Negarse a sí mismo**» no significa mortificarse de cualquier manera, castigarse a sí mismo y, menos aún, anularse o autodestruirse. «Negarse a sí mismo» es no vivir pendiente de uno mismo, olvidarse del propio «ego», para construir la existencia sobre Jesucristo. Liberarnos de nosotros mismos para adherirnos radicalmente a él. Dicho de otra manera, «llevar la cruz» significa seguir a Jesús dispuestos a asumir la inseguridad, la conflictividad, el rechazo o la persecución que hubo de padecer el mismo Crucificado.

Pero **los creyentes no vivimos la cruz como derrotados**, sino como portadores de una esperanza final. Todo el que pierda su vida por Jesucristo la encontrará. El Dios que resucitó a Jesús nos resucitará también a nosotros a una vida plena.

José Antonio Pagola

Espíritu de... normalidad

Es el Espíritu de las cosas del día a día, de lo cotidiano. El que se cuele en conversaciones con una cerveza en la mano, en comidas con amigos, en tardes de cine o en ratos de deporte compartido.

Es un Espíritu que no hace ruido, no hace falta hablar de él, explicarlo o ni siquiera nombrarlo. Pero se sabe que está. En el momento, aunque se esté haciendo lo mismo de siempre, se nota que algo es distinto. Después, al recordar, uno se da cuenta de que allí estaba este Espíritu, en medio de la normalidad, del día a día.

Un Espíritu que sienten y reconocen los creyentes y los no creyentes. Aunque cada uno lo llame de una manera, se dan cuenta de que allí hay una presencia o alegría que, sin cambiar nada externamente, lo hace todo distinto.

Un Espíritu por el que hay que apostar, y estar dispuesto a 'perder tiempo'. Porque este Espíritu nos acerca a todas las personas, enseñándonos lo que de verdad importa en la vida. Y, sobre todo, porque cuando dedicamos tiempo a otros de esta manera, este Espíritu lleva con nosotros el Evangelio a lugares a los que de otra manera no llegaría.

Dani Cuesta, sj

